

## ARCO PARA QUE PASE REVERDY

París, Febrero de 1931.

**F**RANCIA sufre en estos momentos una crisis poética que está consternando a los espíritus sensibles. En los aguderos literarios, en las revistas, en todos los rincones donde se esconde la inteligencia, sólo se oye esta lamentación: ¡Francia no tiene un gran poeta! En vano los dos partidos en que siempre se divide la opinión en todos los países, es decir, el de los viejos y el de los jóvenes, intentan erigir ciertos nombres. Entre los primeros, suélese citar a Paul Claudel, Paul Valery y León Paul Fargue. Los tres Paul cuentan más o menos con el mismo número de partidarios. En cambio los jóvenes parecen estar uniformados en la creencia de que el que mejor los representa es el superrealista Paul Eluard. Pero es evidente que ninguno de ellos, ni siquiera el que a mí mismo me parece el más interesante, el cuarto Paul, tiene envergadura suficiente como para que se le considere el poeta de Francia, el gran poeta francés de nuestro tiempo.

Los críticos y los lectores están buscando al gran poeta de Francia en los bulevares, y ese es su yerro. Metido en el silencio de un refugio católico, en París o en una aldea, que sé yo dónde, hay un hombre que un tiempo atrajo sobre sí la atención de toda la gente, y al que la gente ha olvidado quizá en castigo de haber desertado del ruido civil, del ingenuo bullicio de las calles anchas y las vidrieras luminosas. Ese hombre se llama Pierre Reverdy, y yo me pregunto si ahora, extinta ya su escuela, no será preciso volver los ojos hacia él.

\* \* \*

Yo no he estado nunca con Reverdy, sino en sueños. Me lo encontré una tarde, al volver de un poema. De uno de los suyos. O de uno de los míos. O de cualquier otro. Porque en todos está. Su significación, entre las otras que tiene, es de presencia en los libros que unos cuantos hombres hemos escrito desde 1916 hasta ahora. Mi amigo Huidobro me perdonará que afirme haber reconocido esos grandes ojos ardidos de hombre vestido de luto que debe ser Reverdy, atisbando el paisaje justamente por encima de la cuadratura de su horizonte. De su hermoso horizonte cuadrado. Esto es tan evidente como las naranjas. Por lo cual insisto. Y de pronto me callo.

En seguida del punto final que no hay en cada poema de Reverdy, aparece siempre éste, según he dicho, vestido de negro, con unos ojos exploradores de abismos, unos ojos negros también, pero sin párpados, equilibrándose no sé cómo en unas cuencas del tamaño de un día.

Sería inútil palparlo, pues su corporeidad es de palabra contenida. Está, y se le vé, sin que se le oiga. Es intangible, como la presencia. Hay hombres, yo acaso sea uno de esos, que entran en todas partes como un viento; Reverdy es como un aire. Reposado y viviente como una voz, aunque nacida, que no llega a lanzarse. Pienso que he escrito en estas líneas la anatomía de un poeta. Y ahora digo que no hubiera podido lograrla con otro. Pues Reverdy es la poesía misma. La poesía en persona.

Sólo de tiempo en tiempo la humanidad ve crecer hombres cuya estatura se extiende de un extremo a otro de la poesía. Su dimensión es difícil como un reloj para el inexperto. Pero como al reloj, lo sabe cualquiera en cuanto marcha, o sea en cuanto canta. Siempre es grande lo no sabido. De allí que el amor de los jóvenes está separado por tantos kilómetros de promesa. Pues es enorme la distancia de la palabra *siempre*. Reverdy tiene la altura de este jugoso vocablo. ¿Y por qué no llamarlo Pedro Siempre?

Cualquiera de sus poemas, aun el más lejano de su esperanza, es toda la poesía. Toda. Podrá el lector quedar insatisfecho alguna vez, le parecerá quizás que pudo dilatarse la emoción, o aprisionarse con más justeza el encanto soñado; pero indefectiblemente reconocerá que siempre el artista lo pone frente a la única posible, a la exacta versión poética de la cosa. Sabe como nadie descubrir el lado interno de lo que parece que sólo tuviera exterior, ese contorno oculto, ese revés íntimo de los objetos y de las sensaciones en el que reside todo el secreto de la poética eterna. De la única poética posible.

Tan cierto es ello, tan efectivo, que al no avisado podría inducirlo a error respecto a la naturaleza de la emoción en sí. Pues no es que él ennoblezca el asunto, que como Cristo purifique cuanto toca. El simplemente lo ve del lado del camino que hay que tomar para no perderse en el viaje a Roma. Porque no hay asunto innoble para el artista verdadero. Si la poesía no es traducción, ni copia, ni reflejo, que por supuesto no es nada de eso, reconozcamos que es una pura versión de lo sentido o de lo soñado. Versión, en este sentido, es sinónimo de creación. Y Reverdy es el hombre que mejor sabe verter sus sensaciones. Toma de lo pequeño, lo grande; de lo aparente, lo escondido. Vier-

te, o sea vuelca, el dictado, lo crea. Verter, volcar y crear; todo es lo mismo.

No es fácil, ni difícil, la gustación reverdiana. Se llega a ella, pero no se alcanza. Es decir que su paladeo no es voluntarioso y ni siquiera acomodaticio. Ni por la costumbre de leerlo, ni por el afán de descubrirlo, se llega nunca a gustarlo. No es potestativo del lector desentrañar el valor recóndito del poeta, sino dijérase por el contrario que es otro atributo de éste determinar por propio arbitrio las personas que podrán admirarlo. Reverdy, pues, otorga el derecho de entenderlo, y sólo quienes estén munidos de ese salvoconducto traspasarán airosos las fronteras de sus libros. Solamente lo comprenderá y amará el que él quiera que lo comprenda y ame. Inútil será pretender lo contrario. Los que leyendo sus poemas no descubran desde el comienzo lo «grande», esos ya no podrán nunca captarlo. Para ellos está cerrada, como para los réprobos, la puerta de este cielo.

Esa es una versión de la cosa. Mas hay otra igualmente interesante. No es que Reverdy conceda la merced de admirarlo. No. Sino que ya se nace con ese don: el de entenderlo a él o a cualquier otro. Se es naturalmente o no se es admirador de un poeta. Jamás se consigue serlo. Todavía no se ha dado el caso de que un poeta que no nos gusta, llegue un día a gustarnos. Se viene a la vida con eso, que es como venir con un órgano más. Así resulta posible agregar una nueva división a las muchas que se ha hecho de la humanidad: los hombres se dividen en admiradores y no admiradores de Reverdy.

Yo soy justamente de los primeros. No lo conocía, y ya en el pavor de mis noches de principiante, supe sentir como un adormecimiento en quién sabe qué lóbulo cerebral. El cual vibró, años después, al contacto de sus primeras imágenes.

¿Imágenes? ¿Qué no es imagen en Reverdy? Todas sus palabras tienen un poder estupendo de evocación y de conjuro. Lo que en cualquier otro no tiene señalada importancia, en él adquiere una investidura jerárquica de las más elevadas que hay en el decir. No emplea un solo vocablo en blanco. Aun sus adverbios, sus participios, sus preposiciones, sus artículos y hasta sus conjunciones, están ungidos de añoranzas, de una fantasía sugestiva que yo he podido comprobar con acelerado asombro. Esos «de», esos «el», esas «y» que pueblan sus poemas, tienen de pronto una grandeza semejante a la de las más bellas palabras del idioma. Aun creo que si Reverdy se propusiera escribir un poema con vocablos pobres, con esa indigencia de las lenguas que son los artículos, las preposiciones y las conjunciones, su poema sería por propia naturaleza ingente de maravillas y

emociones. Es que el «un», el «la», la «o» de Reverdy, no son la «o», el «la» ni el «un» míos, o del lector, o de cualquier otro. Mas hay que saber, o sea hay que haber nacido con la capacidad necesaria para interpretar el espíritu escondido aún en las minucias (sólo aparentes) del poeta. A mí, por ejemplo, nacido para su goce, una simple conjunción copulativa, colocada en cualquier punto de la estrofa reverdiana, suele entregarme el camino de las mejores sensaciones estéticas.

Maravilloso destino de escritor el de este hombre. En la conquista de lectores que es la vida literaria moderna, su inaccesibilidad lo señala como el que no los busca. Hay que ahondar este rasgo de su juicio. Es el poeta de las admiraciones previas. Sus lectores son suyos antes todavía de haber abordado su conocimiento. Y jamás podrá decirse que hace concesión alguna. Reverdy es un árbol, una planta: estos dan su fruto y su flor, igual que él, dice su mensaje secreto, sin importársele por quien lo recoja.

¿Dónde suceden los poemas de Reverdy? En el intervalo de las palabras, en esa angustia de la expresión que marca la última letra del más rico vocablo, en ese espacio supraterráneo donde no están sino que son ausentes los puntos y las comas. ¿Y por qué no en el cuadro de luz de las ventanas, en el clamor de amparo que llena los cielos vacíos, en el silencio gelatinoso, espeso, de las habitaciones donde ha muerto alguno? Acaso en las dimensiones ignoradas, en la abstracción de los números puros, en el reino de las miradas y de los atisbos.

No se sabe cómo ni dónde terminar el capítulo de su loa. Yo sé perfectamente que lo he empezado en esto, pero es muy posible que sólo lo termine en el cielo.—ALBERTO HIDALGO.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.